

ADULTOCENTRISMO Y JUVENTUD: APROXIMACIONES FOUCAULTEANAS

Adultcentrism and youthfulness: Foucauldian approximations

JORGE DANIEL VÁSQUEZ *

jordan9plus@gmail.com / jdvasquez@flacso.edu.ec/
Pontificia Universidad Católica del Ecuador / Quito

Resumen

El presente trabajo desarrolla referentes teóricos para el análisis de la categoría de adultocentrismo desde los planteamientos conceptuales formulados por Michel Foucault en el análisis genealógico de las formas de producción de la verdad y las normatividades. Ubicándonos desde un marco foucaulteano se formula el adultocentrismo como la articulación de saberes y prácticas en varios niveles: la conformación de regímenes de verdad, el disciplinamiento en las instituciones, la colonialidad adultocéntrica, y la biopolítica de la industria cultural. En este sentido, se reconoce que tal articulación deviene en representaciones sobre la juventud que demandan de una crítica elaborada desde la pedagogía como posibilidad de diálogo en torno a saberes y sensibilidades emergentes.

Palabras clave

Adultocentrismo – Juventud – Representaciones - Pedagogía - Michel Foucault

Abstract

This paper develops a theoretical framework for the analysis of the category of “adultcentrism” [adultocentrismo] from the conceptual approaches formulated by Michel Foucault’s genealogical analysis of the forms of production of truth and of practices. Placing ourselves in a foucauldian framework, the “adultcentrism” is formulated as the join of knowledge and practices on several levels: the formation of regimes of truth, the discipline in the institutions, adult-coloniality, and biopolitics of the cultural industry. In this sense, it is recognized that such join generates representations of youthfulness that require a critical approach from pedagogy as the possibility of dialogue on emerging knowledge and sensitivities.

Keywords

Adultcentrism - Youthfulness - Representations – Pedagogy - Michel Foucault

Forma sugerida de citar: VÁSQUEZ, Jorge. 2013. “Adultocentrismo y juventud: Aproximaciones foucaulteanas”. En: *Revista Sophia: Colección de Filosofía de la Educación*. N° 15. Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala.

* Investigador en ámbitos relacionados a subjetividades, cultura y movilidad humana (FLACSO-Ecuador). Docente en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Introducción

El presente trabajo tiene interés en justificar la necesidad del análisis genealógico de un problema que puede ser motivo de crítica si asumimos la inseparabilidad del saber y el poder cuando se trata de estudiar la relación entre adultocentrismo y juventud. Dicho de otro modo, las tres secciones del texto pretenden referirse de modo general a la producción de nociones y representaciones de lo juvenil desde el poder adultocéntrico. En este sentido, el trabajo da cuenta de un vacío en la reflexión sobre juventud pues, sin buscar dictaminar la pertinencia o no de otros enfoques, se propone marcar algunas entradas para la reflexión de esta problemática a partir del pensamiento de Michel Foucault.

La tarea es relevante en la medida que permite introducir, como variable de análisis de las formas de desigualdad reproducidas desde el saber y las normatividades, la serie de prácticas de exclusión que se basan en el establecimiento de diferencias generacionales. A tal entramado complejo de saberes, normas y prácticas de exclusión en base a la diferencia generacional, le denominamos adultocentrismo.

El desarrollo del argumento se basa en la investigación sintética del marco de análisis que Michel Foucault realiza en algunas de sus obras claves, de puntos relevantes en trabajos académicos que han reflexionado sobre su obra; y, de los referentes teóricos- vivenciales con los que la reflexión sobre el adultocentrismo se vuelve un elemento aprehensible para el análisis.

Tal proceso se ve fortalecido por una clara intencionalidad pedagógica en nuestra reflexión. Esta intención se expresa de dos maneras: 1) ubicando como punto de referencia la problematización en torno al reconocimiento entre dos formas particulares de asumirse como sujetos (adultos y jóvenes) en toda relación pedagógica; y, 2) referenciando las dinámicas adultocéntricas de las instituciones educativas, así como de las posibles vías de comprensión de la tarea pedagógica; como una apuesta crítica que trasciende las fronteras de la escuela. Esto último implica una reflexión desde otros escenarios importantes para la comprensión del adultocentrismo, como es el de la producción de representaciones de la juventud tanto desde “el saber” como desde la industria cultural.

De este modo, si bien la categoría adultocentrismo no ha sido ampliamente teorizada, es clave para la construcción de un marco teórico significativo para la comprensión de la diferencia generacional, inscrita en relaciones de poder en discursos cotidianos, institucionales y mediáticos, que existen en relación a las personas jóvenes y a sus identidades. Intentamos dar cuenta de esta relevancia en tres secciones. La primera se refiere a las posibilidades y al grado de oportunidad que el pensamiento

de Foucault provee para “pensar” el adultocentrismo. La segunda sección pretende dar cuenta de saberes instituidos que se enmarcan en un discurso adultocéntrico (el caso de la psicología evolutiva de Erikson) y en representaciones coloniales de las subjetividades. La tercera y última sección se refiere a la doble configuración del poder adultocéntrico, esto es, desde la disciplina-institucionalización y desde la biopolítica-producción de dispositivos de seguridad con respecto a las identidades juveniles. Al final esperamos resumir la intencionalidad del texto en rigor a la argumentación que se presenta a continuación.

Para pensar el adultocentrismo

El pensamiento de Foucault se caracteriza por el carácter analítico del poder desde una postura por la cual sabemos que el avance de la racionalización de la vida, sólo ha sido posible bajo el supuesto de la dominación y la irracionalidad. Esto representa el análisis de la modernidad en su ambivalencia:

219



“Que hombres dominen a otros hombres, y es así como nace la diferenciación de los valores; que unas clases dominen a otras, y es así como nace la idea de la libertad; que hombres se apropien de las cosas que necesiten para vivir, que les impongan una duración que no tienen, o que las asimilen por la fuerza –y tiene lugar el nacimiento de la lógica” (Foucault, 1992:15).

El proyecto crítico de Foucault empata con el de Nietzsche en tanto se trata de demostrar cómo el conocimiento de occidente se aboca a la verdad en la medida en que oculta elementos de esa verdad; lo que significa que la verdad en occidente es el resultado de un entramado de poderes. Para Foucault, la centralidad de la civilización occidental está en la pregunta por la verdad que se resume en dos procedimientos: la prohibición y la separación de lo verdadero de lo falso. Ambos dan cuenta del punto de partida para Foucault:

“Supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (Foucault, 1999: 14)

De este modo, el control sobre la producción del discurso se ejerce con mayor vehemencia en los terrenos de la sexualidad y la política que dan cuenta de la vinculación de los discursos con el deseo y el poder. Así, el discurso se entiende como un conjunto de reglas anónimas que res-



ponden a una determinada constelación histórica en la cual se disputa la regulación o la emancipación de los sujetos.

En el texto escrito en 1982, *El sujeto y el poder*, Foucault manifestó, en relación al propósito de sus investigaciones, la centralidad que tiene “el sujeto”: “*mi objetivo ha sido crear una historia de los diferentes modos por los cuales, en nuestra cultura, los seres humanos se convierten en sujetos*” (Foucault, 2005: 31). De lo anterior se desprende que los distintos enfoques desde los que se puede diferenciar la complejidad de la obra de Foucault apunta a la conformación de los sujetos; es decir, que las aproximaciones arqueológicas, genealógicas y análisis de las formas de subjetivación encuentran su punto unitario en la pregunta por el sujeto.

Anteriormente se enfatizó en el carácter ambivalente del sujeto y en su condición de resultado de relaciones de poder. De aquello se desprende que, la indagación por el sujeto en perspectiva foucaultiana, remite necesariamente a la combinación de los niveles arqueológico, genealógico y de subjetivación en el marco de las relaciones de poder que han constituido y constituyen la modernidad. Precisamente, en esta complejidad se encuentra la riqueza del pensamiento foucaulteano como marco analítico para el estudio de las subjetividades contemporáneas.

El interés es plantear, a manera de itinerario, lo que supondría un marco de investigación en relación a la problemática de las juventudes en perspectiva foucaulteano. Si bien esta tarea ha sido asumida por varios autores (Cubides, 2004; Escobar, 2007) la agenda de investigación no ha sido trazada desde la articulación de los niveles que hemos señalado antes, sino que su perspectiva foucaulteano se encuentra siempre asumida parcialmente.¹ Un análisis desde la propuesta de Foucault implicaría dar cuenta de la complejidad que articula la problemática de la juventud desde una referencia a las formas de producción de saber en torno a la juventud, en la genealogía de las formas de representarla, así como de las prácticas desde las cuales se realiza la domesticación de las subjetividades juveniles. Así lo asumen Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría en su obra *Genealogía y Sociología* (1997) quienes afirman que un análisis genealógico busca “desentrañar la lógica interna de funcionamiento de dicho campo, los conceptos y operaciones que lo atraviesan, así como las relaciones que existen entre los discursos y el contexto material no discursivo” (p. 63). Y en este sentido tiene validez establecer estos niveles, por lo cual los mismos autores señalan que “especial interés presentan las interdependencias que se establecen entre los distintos niveles del análisis, niveles que [...] es preciso especificar” (p. 63).

Se trata de superar las formas de ontologización de la juventud desde la descripción de los eventos discursivos y sus condiciones de existencia. Esto significa que no se trata de una fenomenología, ni una his-

toria, sino de la pretensión de hacer una genealogía y arqueología de las formas de producción y dominación que giran en torno a las personas jóvenes.

Lo anterior implica asumir la tarea de estudiar a la juventud en el marco que Foucault señalara en *Nietzsche, la genealogía y la historia* (1992: 5-29) cuando se plantea el pensar la historia no desde la necesidad de buscar un orden de los procesos humanos, sino como la tarea de pensar su sentido desde el cuerpo. Aquí Foucault, sigue a Nietzsche en su planteamiento en relación al cuerpo como una instancia más profunda que la conciencia y la razón, en tanto ésta es la base de la subjetividad. Así lo recoge Hopenhayn (1997: 35) en su estudio sobre Nietzsche y Foucault: “*la genealogía reconstruye la memoria perdida de los cuerpos, les devuelve la razón de sus convalecencias y recaídas, transparenta sus vulnerabilidades hasta exponer el valor que subyace en el comienzo*”. De este modo, Foucault quiere plantear un tipo de historia que, en lugar de preguntar por las grandes razones, dé cuenta del trato y de los usos de la corporalidad. Lo que para nuestro caso significa no pensar la historia por fuera de los eventos, sino desmontar los discursos sobre juventud que hacen de ésta una unidad predeterminada o una evidencia que se da por sentada, debido a rangos de edad compartidos en el sentido que lo había asumido Bourdieu (2000) en *La juventud no es más que una palabra*:

“[...] La juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente entre jóvenes y viejos. La edad es un dato manipulado y manipulable, muestra que el hecho de hablar de jóvenes como unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye en sí una manipulación evidente.” (Bourdieu, 2000: 164-165)

Considerar la juventud como una etapa de la vida es la forma más común que tenemos para establecer representaciones, y en ella están contenidos dos significados: tanto la referencia a la juventud como parte del ciclo vital del desarrollo humano, y por lo tanto distinguible de otras etapas como la niñez, adultez o vejez; así cómo la concepción de la juventud como una etapa de preparación para la inserción de las personas jóvenes en el mundo adulto. Desde estas perspectivas se asume que la juventud es una etapa de tránsito de la vida, que adquiere valor en la medida en que está referida al mundo adulto, y que su importancia consiste en que “en algún momento” se llegará a ser adulto. La crítica que se desarrolla no pretende una desvalorización del mundo adulto sino cuestionar la imposibilidad que tienen nuestras prácticas sociales para valorar a la juventud desde los propios parámetros que ella construye y no únicamente como una adaptación o desintegración a un mundo plenamente constituido

desde “el saber” de los adultos. Este saber adulto que determina y se reproduce en una amplia serie de prácticas sociales (desde la familia a la política, pasando por la escuela y los sistemas de salud) recibe el nombre de “adultocentrismo”.

Aunque anteriormente se ha recurrido a la categoría de adultocentrismo para dar cuenta de las formas de opresión en base a la edad (Duarte, 2006; Duarte & Tobar, 2003) el aporte de un trabajo en perspectiva foucaultea permitiría dar cuenta de las formas de dominación y las resistencias al poder que articulado al análisis de la juventud desde los mismos ejes que Foucault (2009) asumiera para el estudio de la sexualidad, se podría señalar, a modo de esquema: 1) el saber en que se ha sostenido (y se sostiene) en el adultocentrismo, 2) los tipos de normatividad que han regulado las prácticas adultocéntricas, 3) las formas de subjetividad que se asocian a éstas y la resistencias que se producen.

Los tres ejes son superpuestos pues el análisis de Foucault, en tanto genealógico, buscaría centrarse en procesos de larga duración para dar cuenta de cómo se ha configurado la cuestión de la juventud y las regularidades que han operado en este campo de estudio.

222



Configuración del adultocentrismo desde los saberes

En el momento de referirnos a los saberes, se puede identificar como discursos claramente fundamentales para el adultocentrismo aquellos que recaen en visiones biologicistas y evolucionistas. Estos discursos justifican científicamente “una verdad” acerca de la juventud como si en esta definición no se ocultara una serie de disputas por el poder. De este modo, el adultocentrismo podría ser identificado como la serie de mecanismos y prácticas desde los cuales se ratifica la subordinación de las personas jóvenes, atribuyéndoles, a estos últimos, una serie de características que los definen siempre como sujetos deficitarios de razón (déficit sustancial), de madurez (déficit cognitivo-evolutivo), de responsabilidad y/o seriedad (déficit moral).

La atribución de una “naturaleza violenta” a las personas jóvenes, así como una “naturaleza revolucionaria”, son estereotipos que operan significativamente en el campo de lo político y que ratifican el orden de cosas en el que se niega la posibilidad para cualquier transformación proveniente de la transgresión, tanto de los saberes legitimadores de la sociedad adultocéntrica, como de las representaciones que se adjudican a todos aquellos que pueden ser catalogados como “anormales”.

Esta catalogación puede rastrearse en las tipificaciones más idiosincráticas que a su vez son deudoras de la psicología evolutiva de Erikson

(y su concepto de moratoria psicosocial). Erikson (1977) en su famoso texto *Identidad: Juventud y Crisis*, define a la juventud mediante el concepto de moratoria, proponiendo a los jóvenes como insuficientes para operaciones de cualquier orden hasta “ser adultos”:

“[...] período de demora que se concede a alguien que no está listo para cumplir una obligación o que se impone a aquel que debería darse tiempo a sí mismo. En consecuencia, entendemos por moratoria psico-social una demora en lo que respecta a compromisos adultos, y que no obstante no se trata solo de una demora. Es un período que se caracteriza por una autorización selectiva que otorga la sociedad y por travesuras provocativas que llevan a cabo los jóvenes [...]” (Erikson, 1977: 128)

En conceptos de este tipo se puede inferir el rol que la psicología evolutiva ha jugado como “saber autorizado” sobre la constitución de una condición de juventud. Desde Foucault (1999) sabemos que la verdad no es producto de la claridad de la razón sino resultado de una “voluntad” que la ha producido. En este sentido cabría identificar la psicología evolutiva como una expresión del discurso adultocéntrico, en tanto, como discurso, es un acto, una práctica compleja que responde a parámetros de selección. La “verdad” de este discurso se distribuye en una serie de procedimientos que contribuyen a la continuación de argumentos en base al evolucionismo, a la institucionalización de este discurso, a convergencias disciplinares, a intervenciones en la corporalidad y a la normatividad de los órdenes de la subjetividad. Desde esta “distribución de verdad” se mantienen formas inequitativas de producción y reproducción de la vida.

La “moratoria psico-social” de Erikson además da cuenta de la dimensión epistémica del discurso: la condición de objeto de estudio que puede tener las personas jóvenes cuando se las agrupa bajo el término “juventud”. De aquí también se puede pensar cómo se derivan formas de homogenización en tanto, el discurso adultocéntrico, al atribuir características universales a “una etapa de la vida”, da entrada a que todas las personas jóvenes sean concebidas como iguales. Tal aproximación deja por fuera la influencia contextual o biográfica como parte central de las identidades.

Si la juventud es una etapa de “moratoria social” existe una única forma de ser joven a la que todos se adaptan bajo determinados parámetros de comportamiento y cuyas necesidades, intereses y formas de comprender el mundo, están definidas desde el poder adultocéntrico. Es por eso que el saber/poder adultocéntrico, en sus estrategias de separación/rechazo opera a dos niveles: 1) Desde la separación de la vida por fases y 2) en la separación de la adultez (lo verdadero –entiéndase “la vida de verdad”) de la juventud (lo falso –entiéndase, la vida de experi-



mentación y tránsito). En relación al primer aspecto, el propio Erikson (1977: 78-122) señala la división del “desarrollo” de la persona en fases (infante, bebé, pre-escolar, escolar, adolescencia, adulto-joven, adulto-medio, adulto-viejo). Desde la pregunta por las formas de producir subjetividades habría que, por lo menos, hacer hincapié en los riesgos de la homogeneización y descontextualización que la formulación de Erikson representa; pues, en el sentido de una crítica genealógica las distintas y particulares formas de expresar el devenir de la subjetividad, se da siempre en el marco de una serie de producciones en torno a la verdadero, lo deseable, lo admisible. Erikson se abstrae precisamente de la variable de poder que se hace ineludible desde un contextualismo radical ratificando así al “sujeto adulto” como sujeto acabado. El segundo aspecto forma parte del primero pues, dentro del mismo marco estratégico de separación/rechazo se permite que “lo adulto” aparezca como “la verdad” (i.e. el mundo del trabajo orientado a la generación de plusvalía, la consolidación del rol dentro del proceso especializado de producción de bienes y servicios, etc.), mientras que “lo joven” se asocia como “lo falso” en tanto cualquier afirmación de la subjetividad de los y las jóvenes, es subsumida por el discurso adultocéntrico que la ubica en la transitoriedad (i.e. “la juventud es el tránsito de la niñez a la adultez”), en la fantasía (i.e. “la juventud es la etapa de los sueños”) o a la animalidad (i.e. “los jóvenes tienen una rebeldía mal guiada”).

Así, una sociedad configurada desde el poder adultocéntrico diseña una serie de prohibiciones, a propósito de responder a los conflictos y aspiraciones de las personas jóvenes. Esto también puede ser leído como la respuesta adultocéntrica a una “esencia universal de los jóvenes” desconociendo que la apelación a “la “naturaleza de las cosas”, incluyendo la naturaleza de la sociedad, fueron definidas para justificar la represión como práctica perfectamente racional.

Otro aspecto del poder adultocéntrico es que éste supone una racionalidad que en sentido foucaulteano refiere al modo en que funcionan una serie de prácticas históricas. Esta racionalidad pretende convertir en objeto a la realidad humana, haciendo de la juventud una cosa que puede ser medida (hacer estadísticas para saber cómo es), controlada (predecir comportamientos), manipulada (aplicar un mismo y rígido código moral para sancionar los actos) puesto que en ella no se reconoce a un interlocutor-sujeto. Este sistema dice de la forma en que Foucault pensó el poder en sus últimos trabajos sobre la gubernamentalidad y que son analizados por Santiago Castro-Gómez (2010):

“La población es un conjunto de procesos (no de personas), y el “arte de gobernar” debe conocer estos procesos a fondo con el fin de generar

técnicas específicas que permitan gobernarlos (la “recta disposición de las cosas”)” (Castro Gómez, 2010: 61).

Bajo esta reflexión, el poder adultocéntrico es un poder sobre la vida, mientras que el término “juventud” se refiere a una población (un proceso, un grupo etario, una estadística).

Actualmente el campo de estudios sobre juventud se constituye como una serie de tensiones entre las visiones biologicistas y psicologistas vs. aportes provenientes de la sociología, los estudios culturales y la comunicación. Si bien al interior de estos últimos aportes hay diferencias disciplinares la formación de las subjetividades juveniles ocupan un lugar central². Sin embargo, un trabajo de carácter genealógico demandaría el análisis del adultocentrismo en la formación misma de la modernidad. Si se trata de “borrar finalmente la soberanía del significante” (Foucault, 1999: 51) hay que plantear la crítica desde los significados que a su vez son resultado de invisibilizaciones violentas. Así, cabe preguntarnos ¿cuál es el entramado de poderes que se encuentra en la constitución de “verdades” sobre la juventud en el campo científico? ¿en qué manera, estas pretensiones de verdad, se ligan a la formación del sujeto moderno.

Santiago Castro-Gómez (2007) en su trabajo *Michel Foucault y la colonialidad del poder*, establece la diferencia entre la jerarquía y la heterarquía. Éste último remite a estructuras complejas en las que no existe un nivel básico que gobierne sobre todos los demás sino que todos los niveles ejercen algún nivel de influencia mutua en eventos particulares y coyunturas específicas (pp. 170-171). Este concepto le sirve para mostrar cómo el análisis de la colonialidad pasa por la problematización del *ser*. Si no existe un nivel básico de gobierno esto no implica negar la centralidad que una determinada concepción de sujeto (adulto) ocupe dentro del imaginario de la colonialidad; es decir que, el imaginario moderno/colonial³ que, en su vertiente epistemológica está basado en la racionalidad científico-técnica, ha operado de acuerdo a la generación de un centro de poder que ha mirado a los jóvenes como los “otros” o como los bárbaros, en la medida que ha atribuido a las personas jóvenes unos determinados rasgos esenciales que lo desplazan hacia la periferia.

Lo anterior significa que el discurso adultocéntrico es parte del imaginario colonial y constituye una de las formas contemporáneas de mantener un centro hegemónico de poder. Estos rasgos esenciales se encuentran en enunciados (“los jóvenes son rebeldes por naturaleza”, “los jóvenes son inestables porque esa es su naturaleza”) que identifican a los jóvenes como “inmaduros”, con lo cual el reconocimiento de la diferencia y más aún, las posibilidades de diálogo, están desde el principio anuladas debido a las distancias agigantadas que se generan entre las perso-



nas adultas y las jóvenes. Hablamos de un carácter esencialista (similar al discurso racial o de “limpieza de sangre”) debido a que estos enunciados pueden conducir a constituir lo que Foucault denomina un “régimen de verdad” en el que la madurez y la capacidad de “razón sensata” sean algo privativo de la adultez. Esto no niega únicamente la condición de constante aprendizaje en la que se encuentran los seres humanos, sino que demuestra la concepción de la vida como algo lineal (acorde a la racionalidad científica moderna/colonial) además de concebir una vida dividida en segmentos que el poder occidental/colonial-adulto determina.

Desde la crítica que plantean los estudios “del giro decolonial” (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007) se ha cuestionado la concepción del sujeto universal que construyó la modernidad occidental, pues ésta considera “fuera de la historia”, aquellas subjetividades que se construyen en lo que se podría denominar “la periferia” del sistema-mundo moderno/colonial. Hasta el día hoy permanece esta forma de negar la condición de sujeto a quienes habitan en el capitalismo periférico; es decir, permanece una forma de “colonialidad del ser” (Maldonado-Torres, 2007) que junto a la colonialidad del saber y colonialidad del poder articulan una matriz de poder. Cuando afirmamos que el discurso adultocéntrico es parte del imaginario colonial, lo decimos en tanto contribuye a develar que “la madurez” o “razón” del “sujeto universal” está fundada también sobre una diferencia generacional.

La mirada adultocéntrica (esa que hace de los jóvenes unos sujetos postergados eternamente y de los adultos unos sujetos en posición de reproducción de las formas de exclusión) es una forma contemporánea de colonialidad. Aunque el colonialismo, se refiere a un momento histórico, se puede afirmar que sobre los jóvenes recaen prácticas de colonialidad porque ésta se refiere a un proceso de dominación que no ha concluido, sino que ha sido encubierta por un fenómeno intrínseco a la misma colonialidad. La modernidad es resultado de toda la violencia que oculta.

Configuración del adultocentrismo desde normatividades y subjetivaciones

En este apartado se pretende ordenar algunas ideas sobre la institucionalización de los tipos de normatividad que han regulado las prácticas adultocéntricas.

El adultocentrismo (antes que ser una sustancia que poseen los adultos y que confiere una sustancia a los y las jóvenes) debe ser pensado como un entramado de relaciones que opera desde distintos puntos simultáneamente y cuyas intensidades y direcciones son variables (no es

lo mismo el adultocentrismo en la escuela que el adultocentrismo en los medios de comunicación). En este sentido es heterárquico. Lo que interesaría ahora es ver cómo se involucra la dominación con el tiempo de vida, el poder y la resistencia.

Se tomará el caso de las instituciones educativas a las que Foucault (2002) ya recurrió detalladamente en *Vigilar y castigar* para mostrar las formas de articulación del poder disciplinario. La escuela, además de ser analizada como el espacio para la formación-dominación del “alma moderna” puede ser analizada como una institución concebida adultocéntricamente. Se ha mencionado que en la escuela son recurrentes los enunciados que enfatizan la división entre “el mundo real de los adultos” y “el mundo de fantasía de los jóvenes”⁴, así como la descalificación claramente establecida a partir de la negación total de la existencia de significado en la condición de juventud: estudiar para “ser alguien” en la vida. Tan sólo si tomamos la serie de enunciados adultocéntricos desde los cuales se ratifica la autoridad vertical de los y las docentes⁵ es evidente que existe una negación del reconocimiento primigenio que constituye como tales al sujeto docente y al sujeto estudiante en una relación pedagógica.

El desarrollo de una vertiente crítica en pedagogía pasaría por hacer visible el rasgo colonial que obstruye la relación pedagógica y la implicación primigenia que la sostiene: el hecho de que la pedagogía se funda en la relación entre dos sujetos que se reconocen. Así junto a la crítica al adultocentrismo, como conjunto de saberes, se debe desarrollar una tradición crítica en pedagogía que sirva de base para la descolonización de nuestras prácticas. Esto implica criticar aquellas que, en el modo de operar al interior de las instituciones escolares, se expresan en la normatividad (y naturalización) de la permanencia de la dicotomía sabio/ignorante (en la cual los o las estudiantes se definen como ignorantes) y que impiden la posibilidad del diálogo democrático y empático. Si se quiere cambiar el sistema educativo hay que cambiar la relación en el aula porque esta relación de poder se transforma cotidianamente en una relación de dominio y reproducción de colonialidad. Sería un reduccionismo pensar que si la relación de poder se da en el aula esto no contribuirá a su reproducción en otros lugares cotidianos. De ahí que asumir la crítica de las propias prácticas educativas, como momento de la praxis decolonial, inscribe la tarea pedagógica en la transformación de lo cotidiano y de las relaciones en otros lugares desescolarizados, en los que también se producen aprendizajes.

Identificar el adultocentrismo como “régimen de verdad” (aquella construcción desde la cual se acepta algo como verdadero o no) evidencia su carácter perturbador cuando tanto adultos (docentes) como jóvenes (estudiantes) se adaptan a la lógica de subordinación que, en úl-



timo término, justifica y capacita la reproducción de patologías sociales. En esta operación sobre la propia subjetividad, radica la posibilidad de ser dominado (ej.: el/la estudiante se convence de que estudia para “ser alguien” –luego, en este momento vital *no es*) puesto que el sujeto (dígase docente y/o estudiante) pasa a formar parte del orden de los entes. Los deseos o pensamientos de los participantes en la escuela pueden considerarse objetos acabados, delimitados a un orden y un espacio. La delimitación de la constitución del sujeto a un determinado periodo de años (lo que dure la instrucción escolar para “ser alguien”) es, en sí misma, una práctica y a la vez un resultado de operar bajo un “régimen de verdad” en tanto integra discursos, instituciones, disciplinas y prácticas.⁶

Cabe en este punto preguntarnos ¿cuál es el objetivo de la normalización? Consideramos que se trata de la regulación de los acontecimientos en una determinada espacialidad, por lo tanto, el problema que subyace es tanto disciplinario como regulador. Esto significa que el poder adultocéntrico se configura por partida doble: el poder disciplinario sobre la formación de jóvenes (expresado para el caso de las escuelas cristianas del siglo XVII-XVIII por el mismo Foucault) y el poder sobre las juventudes contemporáneas desde la concepción de *población*. El último sería un poder regulador sobre las formas de producir identidades juveniles.

En perspectiva de las sociedades modernas, el tema del adultocentrismo se puede pensar entonces a dos niveles 1) desde la anatomopolítica (que remite al cuerpo humano) configurada en instituciones tradicionales (sobre todo la escuela) y 2) desde la biopolítica (que remite a las poblaciones) y que, en el caso de identidades juveniles, se conforma en disputa con los discursos mediáticos y de la industria cultural.

Estas dos configuraciones particulares del poder adultocéntrico se pueden identificar a partir de las diferenciaciones que se pueden encontrar en la misma obra de Foucault. Cuando Edgardo Castro (2011: 173-185) analiza el concepto de biopolítica señala que los mecanismos disciplinarios son diferentes de los dispositivos de seguridad. Ambos son formas diferentes de normalización. Los primeros responden a unos objetivos (la escuela por ejemplo) y establecen la diferencia entre lo normal y lo anormal, a partir de la adecuación o no-adecuación a la norma preestablecida. En cambio, en los dispositivos de seguridad, la norma es fijada a partir de las normalidades diferenciadas⁷

En este último caso se puede ubicar la producción adultocéntrica de subjetividades juveniles desde el dispositivo dominante de la industria cultural. Desde el tratamiento mediático que se da a los jóvenes podemos decir que la invisibilidad de las subjetividades juveniles y la valoración de su performatividad corre el riesgo de penetrar en una sociedad

receptora que encuentra en los *piercings*, gorras, ropa negra, pantalones anchos o peinados *punk* “signos de una amenaza” subyacente al *status quo*. La forma en que los medios estereotipan a los y las jóvenes parece no tener únicamente el propósito de negar una identidad, que podría resultar desestabilizadora para el sistema, sino con el propósito de presentar un arquetipo de joven ideal para la sociedad. Hay una carga ideológica en la presentación del “heredero” (del sistema capitalista) como modelo ideal para los jóvenes de hoy. Este joven “heredero” reúne “el conjunto de virtudes contenidas en la imagen publicitaria de un *gerente junior* (sea después político, administrador, conductor mediático, profesional liberal, hombre o mujer de empresa)” (Margulis & Urresti, 1998: 19).

Una variación del juego ideológico consumista es el “joven a la moda” que superpone lo ofertado por el mercado a lo necesario. Su otra cara, constituye “el joven innovador”, quien se inserta en el mundo del trabajo con ideas creativas, un carácter emprendedor y una visión de futuro, sin salir del marco del sistema establecido. Estamos ante el mundo representado como un mercado, un gran conjunto de posibilidades a ser aprovechadas si el/la joven descifra la correcta vía de “inserción” en él. Una variación más del heredero construido por la visión economicista es la presentación del joven como “paradigma de lo moderno”⁸ aduciendo que está más familiarizado con la tecnología y “libre” de las barreras generadas por la edad avanzada.

Estas formas de clasificación de la juventud en base a la producción de sus identidades dentro del capitalismo contemporáneo, tienen que ver con la *biopolítica* (forma de poder sobre la administración de la vida). Debido a que el poder siempre opera sobre los cuerpos en tanto territorios desde donde ejerce control y sometimiento; al hablar de la domesticación de cuerpos juveniles, el tema se puede dilucidar desde la *biocultura*. Las expresiones juveniles, las agregaciones identitarias, y la serie de prácticas, socialmente reconocidas como parte del imaginario de la juventud; tienen como denominador común los usos variados del cuerpo (Cfr. Bravo, 2012: 73-77).

La mencionada *biocultura* refiere a la centralidad corporal, que media procesos sociales en un complejo entramado, donde se articulan la sujeción y la resistencia, la normalización y la transgresión, el control y la libertad, el castigo y el desafío, el sufrimiento y el placer (Cfr. Valenzuela, 2009: 15-19). En esta perspectiva no se trata de las limitaciones para acatar las normas disciplinarias de la institución educativa o de la industria cultural. Si reconocemos en el cuerpo un lugar de enunciación, una cartografía de las mediaciones simbólicas e imaginarias del sujeto juvenil (Cfr. Cerbino, 2001: 57-59), el biopoder que funciona desde el conjunto de dispositivos establecidos por el Estado (que se expresa en el



sistema escolar) y el capitalismo cultural (que se expresa en la industria mediática) suscita también una *biorresistencia*.

Así las cosas, la biocultura habla de una *biorresistencia* en tanto el cuerpo se convierte en lugar de enunciación política. Es decir, el acto contra-cultural a ese “poder sobre la vida” (biopolítica) se entiende desde formas de vivir y significar el cuerpo en clave de resistencia, disputa o desafío a las disposiciones adultocéntricas. Estas expresiones se enmarcan en eso que Foucault (1996) en la *Genealogía del racismo* (texto escrito originalmente entre 1975 y 1976) reconoce como “insurrección de saberes sujetos” pues se trata concretamente de los saberes vinculados a la historia de las luchas, que son efectivos, que actúan y tienen consecuencias. No se trata del saber que se explica, sino del saber que se involucra en luchas, agregando, como lo hace el mismo Foucault, el resurgimiento de saberes tradicionalmente descalificados, lo que se conocía como “lo otro” de la razón: el mito, el acontecimiento –la valoración del evento como tal y que se expresa en la observación complejizada de lo local, la vida, el arte y otras expresiones de producción simbólica juvenil que se enuncian desde nuevos lugares. El cuerpo puede ser el lienzo en el que se narran los límites del poder adultocéntrico y emergen los saberes sometidos por regímenes de verdad y normatividades que hacían de los y las jóvenes un no-ser.

Para cambiar la mirada adultocéntrica es preciso combinar el análisis de las representaciones construidas por la industria cultural con una lectura de procesos de producción-circulación-consumo de bienes simbólicos (música, moda, imágenes corporativas, literatura, manifestaciones sobre el cuerpo) que se producen como prácticas político-culturales emergentes. Tal lectura crítica ubica a los lectores en la posibilidad de trabajar pedagógicamente en contra de los violentamente consolidados regímenes de verdad y de las formas de normalización legitimadas en la tradición⁹

Esto significaría desprendernos de un adultocentrismo que describe el conflicto generacional exclusivamente desde los “malestares culturales” (drogadicción, alcoholismo, etc.) para centrar el debate en una lectura crítica y dialogada de las prácticas de las personas jóvenes como vía para entender diferentes formas culturales que pueden hacer más accesible la complejidad de este tiempo. Es esto lo que, en otro lugar, he determinado como una demanda del momento actual:

“Los tiempos actuales demandan que una nueva forma de producir el discurso sobre los jóvenes no desconozca a estos sujetos como co-autores del relato. En este sentido estamos hablando de una producción dinámica y de creación de textos a-significantes que tengan como principal interés descubrir cuál es la función que el texto tiene para el lector que acude a leer; dicho en otras palabras, combinar la manera cómo se

produce la reflexión acerca de las personas jóvenes con el agenciamiento que suscitan” (Vásquez, 2011:182)

De aquí que, una vía para captar las expresiones de biorresistencia, implicaría la apuesta pedagógica por construir conocimiento desde saberes empíricos que se manifiestan en las expresiones culturales que, a modo de nuevos lugares de enunciación política, denuncian las limitaciones de los regímenes de verdad y las normatividades adultocéntricas. Por lo tanto, la mirada que hace de los jóvenes un grupo homogéneo (tanto desde la operación de la industria cultural como desde el discurso psicologista) se reemplaza por experiencias que permiten descubrir otras narraciones portadoras de saberes y sensibilidades emergentes.

A modo de conclusión

Comprender el *malestar* que se expresa en las instituciones educativas implica nombrar el orden desde el cual su carácter anacrónico se hace evidente. Desde el adultocentrismo, la institución educativa deja de ser un escenario para la mediación (socio-cultural) de los aprendizajes en la convivencia para constituirse como un escenario donde se perpetúan los valores de la sociedad adultocéntrica. Esto nos llevó a pensar las relaciones entre el adultocentrismo y el capitalismo, en tanto, la invariabilidad de las formas pedagógicas institucionalizadas perpetúan un sistema de relaciones coloniales por las cuales la sociedad no se transforma sino que se perpetúa a sí misma desde una escuela (que a modo de *aparato ideológico* es) funcional al actual estado capitalista de la sociedad. Lo que planteamos es complejo pues encierra la pregunta: ¿en qué medida una sociedad adultocéntrica es funcional al modelo capitalista de funcionamiento de las sociedades? En varias formas: en tanto impide la transformación de las jerarquizaciones en las cuales se justifica la desigualdad (una especie naturalización de la diferencia que, en este caso, es generacional) y, en tanto contribuye a la disolución del pensamiento crítico y las prácticas que de él deberían derivarse (formar sujetos adaptables al sistema desde la verdad y las normas adultocéntricas en lugar de sujetos críticos).

De lo expuesto en las secciones anteriores podríamos colegir la necesidad de analizar el adultocentrismo en una perspectiva genealógica, pues se trata de asumir que un problema de tal naturaleza requiere una inteligibilidad a partir de un análisis histórico. Sin embargo, esperamos haber contribuido a delinear el adultocentrismo como la articulación de saberes y prácticas desde las cuales se construyen “anormalidades sociales propias de la juventud” y que requieren comprenderse en una arti-



culación de varios niveles: la conformación de regímenes de verdad, el disciplinamiento en las instituciones, la colonialidad adultocéntrica y la biopolítica de la industria cultural. En tanto estos niveles forman parte de entramados discursivos (que en buena medida se tejen en las instituciones educativas), la problemática relativa a jóvenes y adultocentrismo sólo puede ser diferenciada de asuntos de género, generación o clase en una perspectiva analítica a fin de especificar una de las configuraciones particulares del poder en el capitalismo contemporáneo.

Notas

- 1 Podría decirse que esta parcialidad supone la existencia de “un” Foucault para cada uno de los temas que aborda en su investigación. Así, habría “el Foucault de la sexualidad”, “el Foucault de la locura”, “el Foucault de la gubernamentalidad”, etc. Considero que se trata de hacer un trabajo que combine los niveles arqueológico, genealógico y de las formas de subjetivación para dar cuenta de la complejidad en el tema de la juventud.
- 2 Un ejemplo de este tipo de trabajo se encuentra en (Martínez, Alvarado, & Muñoz, 2010).
- 3 Utilizamos imaginario en referencia a modos de vida, estructuras del pensar y acciones sociales que rigen a los actores en sus formas de reproducción social.
- 4 Traigamos a la memoria frases recurrentes de algunos docentes que para ratificar su autoridad basada en la diferencia generacional dicen: “Cuando ustedes salgan del colegio y vean cómo es la vida *en verdad*...”, “Tienen que estudiar para ser alguien en la vida”, etc.
- 5 Nos referimos a aquellos y aquellas docentes que se complacen en (auto)limitarse a la reproducción de prácticas anquilosadas que les confieren una autoridad incompatible con el más elemental proceso de mediación pedagógica para el aprendizaje.
- 6 Este razonamiento puede generar un proceso interesante de reflexión pues implicaría analizar precisamente los procesos de institucionalización del saber.
- 7 La diferencia que señala Edgardo Castro en *Lecturas Foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica* se basa en el análisis de los postulados sobre la disciplina que Foucault trabajó en su obra *Vigilar y Castigar* (2002) y los postulados en torno a la seguridad que se encuentran en *Seguridad, Territorio y Población* (2006).
- 8 En el sentido “moderno” se entiende en su uso más cotidiano (como aquello que indica innovación constante).
- 9 Dentro de estas nuevas prácticas culturales y políticas emergentes se encuentra la supuesta rebeldía contra la biopolítica a través de manifestaciones de construcción corporal anti-canónicas (es decir, en contra de la identificación de lo masculino con lo fuerte, lo rústico e inflexible, y lo femenino con lo débil, lo tierno, lo endeble), la captación de la noche como escenario de encuentro y presencia pública, el uso de internet como nuevo espacio de disputa política, etc.



Bibliografía

- BOURDIEU, Pierre
 2000 "La juventud no es más que una palabra." En P. Bourdieu, *Sociología y Cultura* (págs. 163-173). México: Grijalbo.
- BRAVO, Pedro
 2012 "El cuerpo como manifestación política y lugar de enunciación de las juventudes", en: *REDpensar*, 1 (1), 65-81.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago
 2007 "Michel Foucault y la colonialidad del poder". *Tabula Rasa* (6), 153-173.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago
 2010 *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre/Pontificia Universidad Javeriana/Univerrsidad Santo Tomás.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago, & GROSGOUEL, Ramón
 2007 *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores / Universidad Central / Pontificia Universidad Javeriana.
- CASTRO, Edgardo
 2011 *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. Buenos Aires: UNIPE
- CERBINO, Mauro
 2001 "Por una antropología del cuerpo juvenil." En Mauro Cerbino, Cinthya Chiriboga, & Carlos Tutivén, *Culturas juveniles. Cuerpo, música, sociabilidad y género* (págs. 57-76). Quito: Convenio Andrés Bello.
- CUBIDES, Humberto
 2004 "Formación del sujeto político. Escuela, medios y nuevas tecnologías de la comunicación y la información". En María Cristina Laverde, Gisela Daza, & Mónica Zuleta, *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas* (págs. 105-127). Bogotá: Universidad Central - Siglo del Hombre.
- DUARTE, Klaudio
 2006 *Discursos de resistencias juveniles en sociedades adultocéntricas*. San José: DEI.
- DUARTE, Klaudio, & TOBAR, Boris
 2003 *Rotundos invisibles. Ser jóvenes en sociedades adultocéntricas*. La Habana: Editorial Caminos.
- ERIKSON, Eric
 1977 *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- ESCOBAR, Manuel R.
 2007 "Jóvenes contemporáneos: ¿Singularidades nominadas, diferencias incluidas y resistencias emergentes?" En Mónica Zuleta, Humberto Cubides, & Manuel R. Escobar, *¿Uno solo o varios mundos? Diferencia, subjetividad y conocimientos en las ciencias sociales contemporáneas* (págs. 145-161). Bogotá: Siglo del Hombre - Universidad Central.
- FOUCAULT, Michel
 1992 *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- FOUCAULT, Michel
 1996 *Genealogía del Racismo*. Buenos Aires: Altamira.
- FOUCAULT, Michel
 1999 *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.



- FOUCAULT, Michel
2002 *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel
2005 El sujeto y el poder. En J. Toro (Ed.), *Pensamiento y experimentación* (págs. 31-52). Bogotá: Carpe Diem.
- FOUCAULT, Michel
2006 *Seguridad, Territorio y Población*. Buenos Aires: FCE.
- FOUCAULT, Michel
2009 *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber* (2 ed.). México: Siglo XXI.
- HOPENHAYN, Martin
1997 *Después del nihilismo. De Nietzsche a Foucault*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- MALDONADO-TORRES, Nelson
2007 “Sobre la colonialidad del ser. Contribuciones al desarrollo de un concepto”. En Santiago Castro-Gómez, & Ramón Grosfoguel, *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (págs. 127-168). Bogotá: Siglo del Hombre Editores / Universidad Central / Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.
- MARGULIS, Mario, & URRESTI, Marcelo
1998 La construcción social de la condición de juventud. En Humberto Cubides, María Cristina Laverde, & Carlos Eduardo Valderrama, “*Viviendo a toda*”. *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (págs. 3-21). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- MARTÍNEZ, Jorge Eliécer, ALVARADO, Sara Victoria, & MUÑOZ, Diego
2010 “Juventudes: Una mirada desde las perspectivas de las Ciencias Sociales.” En Jorge Eliécer Martínez, *¿Qué hay más allá de la juventud?* (págs. 21-51). Bogotá: CINDE.
- VALENZUELA, José
2009 *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- VARELA, Julia, & ÁLVAREZ URÍA, Fernando
1997 *Genealogía y Sociología. Materiales para repensar la modernidad*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- VÁSQUEZ, Jorge Daniel
2011 “Jóvenes en la sociedad del miedo: miradas sobre medios, miedos y jóvenes en el Ecuador”. *Revista Latinoamericana de Derechos Humanos*, 22 (2), 171-184.

Fecha de recepción del documento: 20 de mayo de 2013

Fecha de aprobación del documento: 20 de junio de 2013